

## PRESENTACIÓN

DR. TULLIO HALPERIN DONGHI

SI SE HA INVITADO A PRESENTAR los estudios de filología clásica aquí reunidos para celebrar los ochenta años de Eduardo Prieto a quien apenas ha avanzado unos pocos pasos por el camino cuya entrada, según declara la vieja copia, custodian la señora musa musae y el señor dominus domini, es sin duda porque este testimonio de la estima y admiración de sus colegas y discípulos quiere ser a la vez un homenaje de amistad: sólo ésta, en efecto, me autoriza a unir mi voz a las más eruditas que han de seguir.

A Eduardo Prieto y la amistad estarán entonces dedicadas estas líneas necesariamente breves. Recuerdo muy bien cómo comenzó la mía: fue a fines de 1955, en medio de una breve primavera florecida en muchas tontas esperanzas que —aunque luego duramente desmentidas— conservan todavía tibio un rincón de la memoria. Ramón Alcalde me había hablado ya más de una vez de quien ahora iba a encontrar en el despacho del decano de la Facultad de Humanidades de La Plata, que acababa de ocupar Bernardo Canal Feijóo; bastaron unos minutos de conversación para convenirme de que Ramón no había exagerado, y de que estaba en efecto viviendo un encuentro importante; cuando de retorno me dijo Eduardo —como en la escena final de *Casablanca*— que juzgaba que éste iba a ser el comienzo de una bella amistad, me sentí no sólo feliz, sino más aun beneficiario de un privilegio que no estaba seguro de merecer. No sabría decir la razón para ello; aun el sutil Montaigne debió darse por vencido frente al enigma de la amistad, y sólo alcanzó a concluir “porque él era él”. A ello podría agregar tan sólo algo totalmente arbitrario: a saber, que más de una vez me he sorprendido prestando la figura de Eduardo a ese recurrente personaje cortazariano, que se nos antoja muy porteño aunque por desdicha no se lo encuentre más a menudo en Buenos Aires que en cualquier otra parte; ese personaje que Cortázar aspiró quizá a encarnar él mismo, cuya esencial seriedad es lo contrario de la solemnidad, y a quien el paso de las décadas no impedirá nunca seguir siendo un muchacho.

Pronto iba a descubrir que el mundo de Eduardo estaba organizado en torno a una red de amistades que eran casi complicidades, forjadas al ca-

lor de las azarosas vicisitudes propias de toda carrera académica en la convulsa Argentina en que le tocó —y nos tocó— vivir. De esas experiencias académicas que —separadas por demasiadas intermitencias— lo llevaron desde Catamarca hasta Buenos Aires, me correspondió compartir la rosarina, que fue quizá la más rica. Allí aprendí a su lado, y junto con otros *happy few* que formaban en verdad, como en el shakespeariano *Enrique V*, los combatientes en la jornada de San Crispín, una *band of brothers*, a librar el que —estábamos seguros— era el buen combate. Después de tantos años esa seguridad no se ha disipado, y gracias a ello ni aun la derrota que vino a clausurarlo logra hacerlo menos grato a la memoria.

Y es sin duda esa seguridad de haber librado —y por fortuna seguir librando— el buen combate la que hace que aun hoy, cuando Eduardo, con su Julia, contempla desde su ventana de la calle Posadas el descorazonador espectáculo del mundo que se extiende más allá de los apacibles jardines de la Nunciatura, su mirada, que ahora como siempre desdeña velarse de ninguna ilusión, sigue rehusándose también a conceder un lugar a la desesperanza.